

LA LUZ DEL DISCERNIMIENTO

Para el conocimiento propio y para ayudar a descubrir el conocimiento a los demás en la dirección espiritual, es necesaria la luz del discernimiento. De esta virtud habló mucho San Ignacio de Loyola. Pero hay una página de **Balduino de Canterbury** que no debemos dejar pasar desapercibida.

Balduino nació en el seno de una familia pobre del Devonshire, en una fecha desconocida. Gracias al apoyo de su obispo pudo estudiar en la escuela catedralicia de Exeter, su ciudad natal.

En 1169 ingresó a la abadía de Ford. En 1175 fue elegido abad, pero, en 1181, fue ordenado obispo de Worcester y, en 1184, nombrado arzobispo de Canterbury y primado de Inglaterra, Murió en Tiro el 19 de noviembre 1190.

Se dice de él que era de pequeña estatura, hombre amable, suave, moderado, sobrio, prudente, silencioso y siempre bien dispuesto, muy elocuente y docto.

De los TRATADOS de Balduino de Canterbury, concretamente del Tratado 6, se le recuerda por su comentario sobre el discernimiento. Repasemos sus palabras:

1 – El Señor es el maestro del discernimiento

“El Señor conoce, sin duda alguna, todos los pensamientos y sentimientos de nuestro corazón; en cuanto a nosotros, sólo podemos discernirlos en la medida en que el Señor nos lo concede. En efecto, el espíritu que está dentro del hombre no conoce todo lo que hay en el hombre, y en cuanto a sus pensamientos, voluntarios o no, no siempre juzga rectamente. Y, aunque los tiene ante los ojos de su mente, tiene la vista interior demasiado nublada para poder discernirlos con precisión.

2 – Las limitaciones de nuestro propio criterio

Sucede, en efecto, muchas veces, que nuestro propio criterio u otra persona o el tentador nos hacen ver como bueno lo que Dios no juzga como tal. Hay algunas cosas que tienen una falsa apariencia de virtud, o también de vicio, que engañan a los ojos del corazón y vienen a ser como una impostura que embota la agudeza de la mente, hasta hacerle ver lo malo como bueno y viceversa; ello forma parte de nuestra miseria e ignorancia, muy lamentable y muy temible.

3 – El discernimiento es la madre de todas las virtudes

Está escrito: Hay caminos que parecen derechos, pero van a parar a la muerte. Para evitar este peligro, nos advierte san Juan: Examinad si los espíritus vienen de Dios. Pero, ¿quién será capaz de examinar si los espíritus vienen de Dios, si Dios no le da el discernimiento de espíritus, con el que pueda examinar con agudeza y rectitud sus pensamientos, afectos e intenciones? Este discernimiento es la madre de todas las virtudes, y a todos es necesario, ya sea para la dirección espiritual de los demás, ya sea para corregir y ordenar la propia vida.

4 – El verdadero discernimiento

La decisión en el obrar es recta cuando se rige por el beneplácito divino, la intención es buena cuando tiende a Dios sin doblez. De este modo, todo el cuerpo de nuestra vida y de cada una de nuestras acciones será luminoso, si nuestro ojo está sano. Y el ojo sano es ojo y está sano cuando ve con claridad lo que hay que hacer y cuando, con recta intención, hace con sencillez lo que no hay que hacer con doblez. La recta decisión es incompatible con el error; la buena intención excluye la ficción. En esto consiste el verdadero discernimiento: en la unión de la recta decisión y de la buena intención. Todo, por consiguiente, debemos hacerlo guiados por la luz del discernimiento, pensando que obramos en Dios y ante su presencia”.